



Asalto de un reduto en Áger.

sitio, y en seguida se rompió el fuego de cañon, que fué suspendido por la noche, durante la cual acaeció un lance digno de mencionarse, porque demuestra los sentimientos de PRIM hacia sus compañeros de armas. Ya hemos dicho que su batallon formaba parte de la division de vanguardia. Estando PRIM en las avanzadas, adelantóse á reconocer algunos reductos en compañía del teniente Don Antonio Molera: vistos ó sentidos por los sitiados, hicieron estos fuego, y Molera cayó herido de un balazo en una rodilla, quedando incapacitado para retirarse y expuesto á una muerte segura. PRIM se bajó hasta él, le cargó sobre sus espaldas, y de este modo le condujo hasta las primeras avanzadas. Tan noble rasgo fué correspondido despues por aquel oficial, que en ocasion bien crítica salvó la vida á su bienhechor, como veremos más adelante.

Al toque de diana del 12 volvió á tronar la artillería, resistiendo valientes los carlistas; y abierta brecha, aunque incompleta, fué designado PRIM para dirigir el ataque de los fuertes avanzados: á la cabeza de tres compañías emprendió el asalto siendo dos veces rechazado; pero la resistencia enardecia su valor y el de sus tropas, que por tercera vez lo acometieron con incontrastable denuedo: el principal reducto fué tomado á viva fuerza, siendo PRIM el primero que apareció sobre el fuerte acuchillando á sus defensores. Mas no bastándole haber tomado el reducto, corrió á la brecha abierta en las paredes de un convento inmediato, que servia tambien de fortaleza; y al embestirla, observó con desesperacion que aun no era posible penetrar por ella. Seis horas tuvo que permanecer en un pequeño foso, arrostrando el fuego mortífero del enemigo, y el continuo riesgo de los trozos del edificio, que se desplomaban al poder de la artillería; pero sin que en todo este tiempo decayese su ánimo esforzado, ni le faltase para hostilizar al enemigo y velar por la vida de sus comprometidos soldados.

Entre tanto habia cerrado la noche, y el Baron de Meer, empeñado en que la poblacion cayera en su poder antes del nuevo dia, desplegaba todos los medios de ataque, preparando un asalto general, que infundió terror á los sitiados. Su gobernador, Castell, conociendo que seria inútil la resistencia, y aprovechando la oscuridad, resolvió abandonar la villa, y lo ejecutó salvando casi toda la guarnicion. Áger fué tomada entonces sin resistencia, entrando los sitiadores por las brechas, mientras parte de sus fuerzas se destacaban en persecucion de los fugitivos, que dejaron en poder del vencedor unos cuatrocientos fusiles y otros pertrechos de guerra, y sobre dos mil quinientas raciones de pan, aceite, vino, patatas y otros víveres en abundancia.

El general en jefe premió la bizarría de PRIM, ascendiéndole sobre el campo al empleo de mayor de batallon.

Mientras Meer acometía la toma de Áger, el Conde de España, saliendo de su marasmo, se arrojaba con cuatro mil infantes y doscientos caballos sobre el pueblo de Balsareny, creyendo fácil apoderarse de él, pues solo habia cien hombres para su defensa; pero encontró en aquel puñado de valientes una resistencia indomable, que le obligó á retroceder y á formalizar el asedio, que duró nueve dias. Roto el fuego de cañón, cayó sobre el pueblo una lluvia de proyectiles, que en cuarenta y ocho horas destruyeron todos los tejados, desmoronaron casas y abrieron grandes brechas en las débiles fortificaciones; pero sobran estas donde se abrigan pechos varoniles, y en Balsareny, hasta las mujeres empuñaron las armas, ó acudían á cerrar las brechas sin que les arredrase la presencia del enemigo. Tan heroica resistencia exasperaba al Conde, que ordenó el asalto por la noche; pero fué rechazado: entonces mandó repetirlo bajo severas penas, autorizando el saqueo y degüello de los habitantes, que habrian sucumbido al fin irremisiblemente, á no haberles llegado un oportuno socorro.

El general Carbó, que estaba en Vich, apenas supo la situacion desesperada en que se hallaba Balsareny, salió inmediatamente, á pesar de la lluvia que caia, y por Calders, Artés y Sallent, llegó á la altura de Collsuspina, donde pensó dar algun descanso á los soldados; pero estos, oyendo el fuego de los carlistas, no pudieron contenerse, y gritaron: — “¡A ellos, mi general, á ellos! ¡Salvemos á nuestros hermanos!.,

Era de noche: para avisar á los sitiados su llegada, mandó Carbó disparar dos cañonazos, que fueron comprendidos, y á los que contestaron inmensos gritos de alegría entre las humeantes ruinas de Balsareny. Al despuntar el alba, las tropas de Carbó caian á paso de carga sobre los carlistas, y les obligaban á levantar el campo: algunas compañías de preferencia, arrollando al enemigo, entraron en la poblacion, cuyos habitantes, locos de alegría y de entusiasmo, vitoreaban á su libertador. El mismo Conde de España tuvo que aplaudir la bizarría de aquellos soldados, diciendo á los suyos con mal contenido despecho: — “Mirad como atacan vuestros enemigos, y aprended.,

Los fugitivos de Áger, con su gobernador Castell y el cabecilla cura de Viacamps, tuvieron un encuentro con el comandante general de la tercera division liberal, que les sorprendió el 24 de Febrero en Figuerola de Meyá, causándoles una pérdida de

cuarenta hombres muertos y veinte prisioneros, y apoderándose de algunos caballos, armas y municiones, 1200 raciones de pan, 50 cargas de sal, camas, uniformes y 1,200 duros en oro.

El Conde de España volvió á encerrarse en su cuartel inquisitorial de Caserras, permaneciendo en la inaccion, de que se quejaban sus subordinados. No más activo se mostraba el Baron de Meer, cuyo quietismo, despues de la toma de Áger, daba pábulo á las murmuraciones de sus contrarios, que amontonando cargos contra él, pedian su separacion del mando de Cataluña. Fué menester que el Ayuntamiento de Barcelona saliese á la defensa del Baron, diciendo en una exposicion á la Reina, que aquel general "iba guiando sus hijos á la victoria, siendo más cada dia el ídolo de los pueblos y el espanto de los enemigos... que aun hacia falta en Cataluña, pues *habia guerra que continuar con algunos auspicios, orden público que mantener, libertad que cimentar, contrabando que reprimir, y trabajo y subsistencia que proteger.*„

La poca actividad militar que desplegaba el Baron pudiera atribuirse en gran parte á los embarazos que le ponian los mismos que le censuraban, los enemigos encubiertos de la libertad, del orden y del trabajo; los especuladores de mala ley, á quienes no dejaba medrar, y que en todos los tiempos y lugares han sido y serán la carcoma de los pueblos que gimen bajo el azote de la guerra. Pero además ha de considerarse la posicion desventajósísima en que se hallaba aquel ilustre general respecto á los carlistas: con 23,000 hombres de todas armas é institutos, que componian el ejército de Cataluña, necesitaba el Baron guarnecer once plazas ó castillos fuertes y doscientos cuarenta y cinco pueblos mal fortificados, quedándole solo unos 8,000 combatientes disponibles para operar en un vasto territorio, mantener expeditas las comunicaciones en líneas muy dilatadas y escoltar convoyes; mientras que sus contrarios, concentrados en un reducido perímetro y en terreno inaccesible, podian aprovechar las ocasiones para lanzarse á la ofensiva por líneas sumamente cortas, avanzando masas respetables por cualquiera de los muchos puntos que quedaban en descubierto.

Sea por estas ó otras causas, es lo cierto que el Baron, sin haber sufrido personalmente ninguna derrota, veia palidecer su estrella, y pronto decayó enteramente su prestigio tras de una serie de contratiempos y desastres.

Fué el primero la pérdida de Pons, villa fortificada, que los carlistas sorprendieron en la mañana del 16 de Marzo, mediante la traicion del pregonero del pueblo, entregándose al saqueo é incendiando muchas casas, despues de haber expulsado á

la guarnicion, que se defendió con valor, batiéndose de calle en calle, pero inútilmente. A este golpe siguieron otros que el Baron no supo ó no pudo evitar.

A principios de Abril fué necesario reponer las provisiones de Castellvell y Solsona, empresa siempre árdua, que nunca se llevaba á cabo sin terribles combates y sangrientos sacrificios. Cada vez que se preparaba un convoy para abastecer á Solsona, liberales y carlistas ponian en accion todas sus fuerzas disponibles, como si se tratase de decidir la lucha en aquella simple operacion. Y así era de temer, atendidas las condiciones del terreno, favorables en sumo grado á los segundos para batir á sus contrarios. Sin una absoluta necesidad, no se concibe la eleccion del camino de Biosca y Peracamps, estando expedito el más corto de Manresa á Solsona; pero sin duda esa necesidad existia, puesto que á pesar de las inmensas dificultades que aquel presentaba para la marcha de los convoyes, era preferido siempre, con la seguridad completa de no atravesar la línea sino á viva fuerza, y con exposicion continúa de sufrir un gran desastre.

Sabíase ya por experiencia que, al llegar á las alturas de San Pedro de Padullers, el ejército liberal tenia que destacar dos tercios de su efectivo para combatir al enemigo, que aparecia situado sobre la izquierda en buenas posiciones, al abrigo de parapetos y atrincheramientos, y favorecido además por la escabrosidad del terreno; mientras el otro tercio, destinado á la custodia del convoy, quedaba expuesto á la eventualidad de bruscos y peligrosos ataques, fáciles de ejecutar arrojándose con rapidez por una marcha de flanco sobre las vertientes de la derecha. Sabíase igualmente que los carlistas no faltaban á la cita en aquel palenque, donde alguna vez llegaron á reunir diez y ocho batallones, colocados en dos líneas de á nueve cada una, ó en tres progresivas de á seis batallones, con los cuales, operando convenientemente, habrian podido alcanzar una victoria decisiva. La artillería y la caballería, únicas ventajas que tenian á su favor los liberales, eran casi anuladas por las zanjias y cortaduras que abrian sus contrarios en el tránsito, sin contar con las asperezas de un país montuoso, cubierto de bosques, barrancos y precipicios. Sin embargo, esta era la ruta elegida para llevar socorros á Solsona, y este el terreno empapado de sangre, donde la inteligencia y la táctica, más que el valor, triunfaron siempre de la fuerza y de las resistencias materiales: pero es sensible que tantos y tan heroicos sacrificios no fueran empleados en cosas de más provecho ¹.

¹ «Inmensos, innumerables fueron los sacrificios que el ejército constitucional hizo por la causa de la libertad; pero en ningún punto como en los campos de Solsona fueron más grandes ni más estériles. Más estériles, porque por un triste mon-

Al disponer su marcha desde Cervera el Baron de Meer, dió á PRIM el mando de las compañías de cazadores que formaban la vanguardia del ejército, y distribuidas convenientemente las demás divisiones y brigadas, le previno que se adelantase para reconocer el campo, confiándole para su seguridad una corta fuerza de caballería. Empezó PRIM su movimiento segun las instrucciones del general en jefe, y no tardó en dar á este una muestra de lo acertado de su eleccion; pues al hacer un reconocimiento sobre las alturas de Biosca, el 12 de Abril ¹, tuvo que retirarse acometido por más de mil hombres, que habrian destrozado fácilmente la pequeña columna de vanguardia, á no ser por la serenidad del jóven héroe que la mandaba. Con un órden admirable fué sosteniendo PRIM la retirada; y trayendo al enemigo hasta un llano á propósito, mandó hacer alto, preparó su gente, y puesto él mismo á la cabeza de la caballería, cayó á su vez impetuosamente sobre los carlistas, cargándoles con tal denuedo, que no solo arrolló sus masas avanzadas obligándolas á retroceder en precipitada fuga, sino tambien contuvo la marcha de las demás fuerzas. Lo increíble de aquel ataque inesperado hizo que los carlistas se replegasen á sus anteriores posiciones en la conviccion de que se acercaba ya el grueso del ejército liberal.

Satisfecho PRIM de este resultado, y no debiendo permanecer en aquellas alturas, continuó su retirada sin ser hostilizado, y siguió explorando el país á una y otra parte del camino en observacion de los enemigos, hasta el 15, que se incorporó al ejército. Segun sus informes, el Conde de España, al frente de unos ocho mil hombres, se hallaba situado en la masía de la Estany, á legua y media de Biosca ², ocupando á lo largo la cordillera que va desde San Pedro á Peracamps.

Las fuerzas que llevaba el Baron no ascendian á cinco mil hombres, y una tercera parte de ellos tenia que emplearse exclusivamente en acompañar el convoy, no pudiendo considerarse ni aun como cuerpo de reserva. Sin embargo, todas aquellas

ton de ruinas, millares de valientes inmolaronse generosamente enardecidos de patriótico orgullo; y más grandes, porque precisado á pelear este mismo ejército con inmensas desventajas, tuvo siempre que vencerlas á fuerza de valentía y de sangre, corriendo de continuo las contingencias de un gran desastre, bajo cuya consideracion malamente eran retribuidos sus esfuerzos con el efimero lauro de estériles vencimientos.»—PIRALA.

¹ En la hoja de servicios que tenemos á la vista dice el 2; pero consultando otros documentos, se ve que este 2 es un error de copia.

² Hay en el partido judicial de Solsona cinco masías ó casas de labor con este nombre de Estany, ó Estañ, que es como se pronuncia la *ny* en catalan: una, situada á 2'3 kilómetros de Solsona; otra, á 4 kil. de Pons; otra, á 3'4 kil. de Reiner, y otra, á 7 kil. de Pinell: todas estas se titulan *Masia de Estany*. La 5.^a es *Masia de la Estany*, y pertenece al distrito municipal de Biosca, distando 6 kilómetros de este pueblo.

tropas eran escogidas y bien disciplinadas, y contaban con el auxilio eficaz en ocasiones de la caballería y la artillería.

Sin novedad alguna llegó la expedición el 17 hasta las inmediaciones de la casa de la Estany, donde se avistó al enemigo posesionado de las alturas, y formando una respetable línea de batalla, protegida por los bosques, parapetos y atrinchamientos. La división de vanguardia, mandada por el general Clemente, recibió una descarga sin conmoverse, y después de formar en masa á corta distancia de los primeros parapetos ocupados por los carlistas, destacó las compañías de preferencia al mando de PRIM para ejecutar un movimiento de flanco, siguiéndole un batallón en columna de ataque.

Desde aquel momento comenzó una lucha horrorosa, que duró todo el día: el nutrido fuego de los carlistas era contestado por las descargas de sus contrarios, que avanzaban temerarios hasta cruzar con ellos las bayonetas. De pronto apareció PRIM en una de las alturas de la izquierda, dominando la primera posición que ocupaban numerosas fuerzas enemigas: grandes gritos de sorpresa resonaron en uno y otro campo; las compañías de cazadores cayeron sobre los carlistas, como un alud que se desprende de la cumbre de las montañas, y arrollándolo todo, en pocos minutos despejaron el terreno, que quedó sembrado de cadáveres. El enemigo se retiró en desorden al abrigo de las demás fuerzas, que presentaban un aspecto formidable en las cercanías de la casa de la Estany.

Para atacar aquellas posiciones, tuvo el Barón que dividir sus tropas en tres columnas, destacando una de ellas á proteger el convoy, que desfilaba entre tanto por el camino bajo de Peracamps. El combate fué obstinadísimo en aquel punto, siendo necesario poner en juego la artillería para vencer la resistencia de los carlistas, que al cabo fueron rechazados, quedando el paso libre á la caída de la tarde.

Las compañías de vanguardia pelearon aquel día con un arrojo extraordinario, y sufrieron bajas considerables: enviado PRIM á socorrer al batallón de voluntarios de Málaga, que se hallaba en una situación apurada, protegiendo el corte de leña, marchó al punto con su acostumbrado denuedo; y al cruzar la vertiente del barranco, le hicieron una descarga cerrada á quemarropa, que le mató muchos hombres é hirió á otros, introduciendo la confusión en las filas. El capitán Molera, que marchaba con su compañía en dirección paralela, corrió inmediatamente al lugar del peligro; pero ya PRIM había rehecho sus tropas, y cargando á los carlistas emboscados, les arrojó de sus guaridas, causándoles más de cuarenta bajas y dispersándolos completamente.

Al anochecer del mismo día entró el convoy en Solsona escoltado por parte de las tropas destinadas á relevar la guarnicion de aquella plaza : las demás fuerzas quedaron acampadas en observacion del enemigo, que concentrado en grandes masas permanecia á la vista ; y habiendo atacado el 18 á la tercera division , situada en Peracamps, fué rechazado con pérdida. El 19 regresaron á Biosca los liberales: las tropas del Conde amagaron un ataque ; pero no tuvo efecto por la indecision de aquel jefe, que mandó tocar retirada y la emprendió él mismo en el acto, siendo por ello muy censurado de los suyos, que le acusaron de traicion, y estuvieron á punto de sublevarse. Fué menester toda la energía de algunos subalternos para dominar el descontento de los soldados, que querian fusilar á *Talla-caps* ¹, como llamaban al Conde.

No pasó desapercibido al Baron de Meer el bizarro comportamiento de PRIM en las anteriores jornadas : además de haberle felicitado personalmente sobre el campo, y hecho mencion especial de algunõ de sus actos , al serle presentada por el jefe de E. M. la relacion de recompensas, en que PRIM iba propuesto para el grado inmediato, exclamó el general : — “¡No ! A este no se le paga con grados : se le debe el empleo de primer comandante, y yo se lo doy en nombre de la Reina..”

Mientras el Conde se retiraba á Caserras, el Baron tuvo que acudir al campo de Tarragona, invadido por los batallones del Llarch de Copons, y seriamente amenazado por los carlistas del Maestrazgo, que pasaban el Ebro por varios puntos, y á poco intentaron apoderarse de Tortosa. El Conde aprovechó esta diversion de su contrario para caer sobre la rica villa de Manlleu. El 28 de Abril se presentó delante de este pueblo, que se hallaba fortificado con un recinto exterior débil, pero extenso, y otro interior, y aquella misma tarde hizo arrojar sobre él más de 300 granadas y balas rasas, á las cuales contestaban los sitiados con denuestos contra los sitiadores. Irritado el Conde, mandó dar el asalto durante la noche ; pero los carlistas encontraron tan brava resistencia, que hubieron de retroceder, despues de sufrir horribles pérdidas. Continuando al día siguiente el fuego de cañon, pronto cedieron en varios puntos los débiles muros exteriores, por lo cual los defensores de Manlleu creyeron necesario replegarse al recinto interior, invitando á retirarse igualmente á los que tenian sus casas entre la primera y segunda línea de fortificacion. Los que así lo hicieron se salvaron ; los demás, que creian no tener nada que temer del enemigo, fueron víctimas de su confianza. Sin dificultad entraron los carlistas en el re-

¹ Corta-cabezas.

cinto abandonado, y entraron como fieras, sedientos de sangre y exterminio: sin respetar edad ni sexo, aquellos bárbaros asesinaron á cuantos infelices cayeron en sus manos: las súplicas, los ruegos, los gritos de desesperacion parecian ser nuevos incentivos á su furor salvaje, viéndoseles con sarcástica rabia repeler á las madres moribundas, y arrebatárles los pequeños hijos, que llevaban luego de una parte á otra ensartados en las bayonetas. Al asesinato acompañaban la devastacion y el incendio, siendo presa de las llamas muchas fábricas y casi todos los edificios particulares.

Contento debia de estar el Conde, contemplando aquella escena de desolacion y de muerte, cuando el 1.º de Mayo, llegó á Roda, el general Carbó, que desde Olot, donde se hallaba, acudia con su division, deseoso de socorrer á Manlleu. Al ver desde aquel punto el incendio de la industriosa villa, no calculó las fuerzas de su enemigo y corrió á combatirle: toma posiciones, y hace avanzar la vanguardia, que emprende el ataque; pero retrocede abrumada por fuerzas superiores. Para contener la retirada, manda Carbó al escuadron del 7.º Ligero y á una mitad de cazadores de montaña cargar á la caballería carlista, que perseguia á la vanguardia liberal, y á fin de decidirles, pónese el mismo general á su cabeza; pero no bastan sus enérgicas excitaciones ni su ejemplo: la caballería, léjos de obedecer, volvió la espalda en desórden atropellando parte de la infantería y llevando la confusion á las demás tropas¹. Desde aquel momento, la division estaba derrotada, y Carbó, pasando por entre las lanzas enemigas, á duras penas consiguió salvarla de un completo desastre, retirándose á Roda, donde se hizo fuerte, y aguardó á sus contrarios victoriosos. Pero estos levantaron el campo y se retiraron, dejando libres entre sus ruinas á los defensores de Manlleu.

Carbó perdió en aquel desgraciado combate dos piezas de artillería, y tuvo un considerable número de heridos: dos oficiales y unos noventa soldados, que, al verse abandonados por la caballería, se defendieron en una casa, fueron pasados á cuchillo.

El Conde de España volvió á encerrarse en sus cantones de Berga, distribuyendo las tropas en varios puntos, como si no tuviese ya enemigos que combatir: sin ser

¹ Los oficiales del 7.º Ligero fueron privados de sus empleos y condenados á servir de soldados rasos en otros escuadrones del mismo cuerpo, segun órden del Barón de Meer, que se ejecutó con toda solemnidad, despojándoles de sus insignias militares, en el lugar mismo de la accion. Los pertenecientes al escuadron franco de montaña quedaron suspensos, enviándolos presos á un castillo, en atencion á que su cuerpo no constaba de tan ventajosos elementos como el 7.º Ligero.

cobarde, aquel hombre tenia miedo á su propia sombra ; condicion natural de los tiranos. Solo esto puede explicar la conducta extraña del Conde en el último periodo de su vida. La ocasion le convidaba con fáciles triunfos, y él la dejaba perder , retirándose al arrimo de la horca, que se alzaba, constantemente ocupada , á espaldas de su casa. Perseguíanle allí las tramas tenebrosas de los mismos carlistas, que le odiaban y no podian sufrir que permaneciera ocioso ; y cuando impulsado por ellos, salia momentáneamente de su letargo , no marchaba al combate con el noble afan de gloria, sino cual irritado tigre en busca de una presa que devorar : á nadie perdonaba entónces, y las maldiciones de todos eran el único galardón de sus hazañas. Extraviada la inteligencia del Conde por una falsa nocion de sus deberes, habia declarado guerra á muerte á la humanidad, y la humanidad le rechazaba, pagándole en igual moneda.

Estando en Olban, se propuso al Conde tomar por sorpresa la villa de Ripoll : no consideró realizable este proyecto, y envió á Burjó á reconocer el estado de defensa de aquella plaza. Las fortificaciones de Ripoll eran formidables, pues comprendian tres líneas de reductos bien construidos, y edificios aspillerados, cuyos fuegos combinados se cruzaban protegiéndose mutuamente , y además habia una muralla con tambores y rastrillos : sin embargo, algunos puntos podian ser bñtidos con éxito por la parte del Sur ; y esto decidió al Conde á moverse para calmar la impaciencia de sus inmediatos subalternos. El 20 de Mayo salió de Olban con cinco mil hombres, y el 22 estaba delante de Ripoll, empezando el mismo dia las operaciones de sitio.

Al poder de la artillería y tras de recios combates cayeron varios fuertes en manos de los carlistas, que el 25 eran dueños del recinto exterior. Aquella noche se dieron tres asaltos, y todos fueron vigorosamente rechazados por los valientes defensores de Ripoll, que dejaron el campo cubierto de cadáveres de sus enemigos. Continuó al dia siguiente la lucha , más mortífera y enconada : las piezas de batir apuntadas contra los cimientos de los edificios causaban espantosas ruinas ; pero tras de los muros derribados aparecian murallas de hombres, y entonces se peleaba cuerpo á cuerpo, disputando los liberales el terreno palmo á palmo á sus numerosos contrarios, cuyo furor crecia en proporcion de la resistencia.

Dueños los carlistas de la última línea fortificada , el combate continuó de calle en calle y de casa en casa, hasta que abrumados por el número, los defensores de la villa se retiraron con órden á la iglesia del antiguo convento de San Pedro, decididos á morir matando : allí se habian refugiado tambien muchas familias de las

más comprometidas del pueblo, temiendo con razon el fin trágico de los habitantes de Manlleu. El Conde colocó ante la puerta un cañon de á doce, amenazando derribarla y entrar á degüello, si no se rendian inmediatamente á discrecion cuantos habia dentro; pero el gobernador oyó inflexible sus intimaciones, y solo accediendo á los ruegos de tantos infelices que iban á ser inútilmente sacrificados, aceptó una capitulacion honrosa, por la cual se entregaba la guarnicion prisionera, conservando los oficiales sus espadas; y hecho esto, se pegó un pistoletazo, prefiriendo la muerte á caer en manos de sus enemigos.

En la iglesia de San Eudaldo acaecia entre tanto un suceso imponente y sublime. No encontrando los carlistas en las casas el botin que deseaban, corrieron en tropel hácia aquel templo, á cuya entrada se presentó un sacerdote suplicándoles que se retirasen, y diciéndoles que allí no habia ningun enemigo. Pero ni sus exhortaciones, ni las de un jefe, cuyo auxilio impetró el sacerdote, pudieron contener á la muchedumbre frenética, que violentó las puertas y penetró en el sagrado recinto. Un espectáculo magnífico se presentó á su vista. El altar mayor estaba cuajado de luces que alumbraban al Señor manifiesto, y multitud de mujeres arrodilladas, levantando en alto sus pequeños hijos ó estrechándolos contra su seno, dirigian fervientes preces á Dios y á la Virgen: mezclados con ellas, oraban silenciosos muchos respetables ancianos, algunos de los cuales se adelantaron á la entrada ofreciendo sus vidas, si eran necesarias, para rescatar con su sangre las de las mujeres y niños. Ante aquel cuadro se ablandaron los corazones más endurecidos: los carlistas retrocedieron, colocando á la puerta una guardia para que nadie atentase contra aquellos débiles seres.

Solo el Conde no se enterneció: despues de enviar á Berga unos cuatrocientos prisioneros que componian la guarnicion, hizo salir todo el vecindario, sin excepcion de edad ni clases, conduciéndolo escoltado á Camprodon y San Juan de las Abadesas; y desocupada la villa, la entregó al saqueo, la incendió y demolió completamente, haciendo levantar en el lugar que ocupaba la plaza una pequeña pirámide con esta inscripcion: *¡ Aquí fué Ripoll!*

Faltaba añadir á la devastacion el sacrilegio, y el Conde lo cometió pretendiendo hacer á Dios cómplice de su vandalismo. Al dar parte á su gobierno del desastre de Ripoll, decia:

“La justicia de Dios, que algunas veces es lenta, pero segura siempre, se ha desplomado sobre la villa de Ripoll, llena de corrupcion, y que abrigaba una secta des-